





Libros y autores, por Luis Sánchez Latorre

Más que centenario, viejo rebelde, se fue de este mundo el memorialista, antiguo soldado y hombre público, Tobías Barros Ortiz. En la solapa del Tomo II de su obra "Recordando los pasos" (Planeta/Bapejo de Chile, 1998), que abarca al-

rededor de 600 páginas y que constituye una lucral visión de medio siglo de nuestra historia político-militar, leemos lo siguiente: "Militar, político y embajador, Tobías Barros Ortiz nació en Santiago el 15 de septiembre de 1894. Casado con Raquel Alfonso Cavada tuvo dos hijos: Tobías y Carmen. Fue alumno distinguido de la Escuela Militar, de la que egresó con la primera antigüedad. Completó sus estudios de estado mayor en Francia y Alemania. Perteneciente al arma de artillería, ocupó cargos de gran responsabilidad: Director de la Escuela de Artillería, Inspector de Artillería, Edición y Secretario del coronel Carlos Ibáñez del Campo en la Presidencia de la República. El coronel Tobías Barros Ortiz fue llamado a retiro en 1938 por el Presidente Arturo Alessandri Palma. Durante el gobierno del Frente Popular fue designado embajador de Chile en Alemania. Entre 1943 y 1952 se desempeñó como gerente de la Confederación de la Producción y del Comercio, y como Secretario de la Sociedad Nacional de Agricultura. Gerente de la Confederación del Pacífico Sur, en 1961 fue designado su Secretario General.

EN EL SEGUNDO gobierno del general Carlos Ibáñez ocupó el cargo de embajador en Italia. Es autor de *Vigilia de armas*, obra considerada de gran importancia en la formación de los oficiales del Ejército de Chile".

Pues bien, debemos aclarar que hemos interrumpido la lectura de "La marcha de Radetzky", el gran libro de Joseph Roth (1894-1939), para abrir paso al hecho doloroso de la desaparición del respetable hombre de armas y versado escritor que el domingo 26 de julio de 1991 acompañó en todo instante al Presidente Carlos Ibáñez en la penosa vigilia de su despedida de La Moneda.

Años más tarde, Tobías Barros Ortiz relataría a Wilfredo Mayorga, prófugo, historiador de aquellos sucesos, la forma como percibió su espíritu el íntimo de soledad y de solapada deserción que hizo presa de

ACTOR Y TESTIGO DE SU TIEMPO

La Moneda el "domingo triste del" 26 de julio de 1991:

-DURANTE aquella larga semana (la del domingo 19 al domingo 26 de julio), la última de la "administración Ibáñez", observé abismado cómo las actitudes humanas pueden ir de lo digno a lo grotesco, de la más pura lealtad a las más insólitas de las traiciones. No podía comprender, acostumbrado a una vida de compañerismo y lealtad en el ejército, que hubiese traiciones entre los elegidos por el general en su última semana de gobierno. Era lo que más me hería. No creía entonces que hubiese hombres capaces de servir a un mismo tiempo al gobierno y alentar a los revolucionarios, de aconsejar a las autoridades medidas represivas y ayudar moral y materialmente a los insurrectos. En mi ingenuidad de soldado joven, aquello me parecía la más vulgar de las traiciones. Después com-

prendí que esa era solamente una forma de la política criolla. Nadie creía que aconsejaban al Presidente no hacer emisiones, perfectamente respaldadas, quienes sabían que desde Francia otros buscaban el abogo económico de Chile. Ahora sé que se

puede ser opositor y recibir favores del gobierno que fue posible incitar a los militares a la revolución mientras se tenía fijo el discurso doliente y civilista con que se habría de llorar y clamar a los cielos, después de la acción "por la intervención torpe del militarismo en la vida cívica de la República". Las conversaciones a media voz, las intrigas, los comités en los corredores de Palacio, que los amigos abandonaban con disimulada prisa, me dejaron hasta hoy una sensación de asco, de vergüenza ajena y de desesperanza infinita.

(Y qué oscuria, mientras tanto, en la ciudad!)

En la calle reinaba una algarabía de carnaval. Unos jóvenes llenos de espíritu cívico dirigían el tránsito, reemplazando a los carabineros, que se habían retirado a sus cuarteles con lágrimas de sangre y de odio por la muerte brutal de algunos de sus compañeros masacrados por la turba de gente culta. Toda aquella mañana hervían de loco entusiasmo las calles centrales. Los estudiantes enojados habían vivido cuatro días de encierro, mientras los profesionales influenciados por los políticos hacían una huelga contraria a todos los cánones de la ética más simple, y en medio de este ambiente de furia y de odio un perillado pasaba sus sedas episcopales dando gritos de triunfo y de batalla.

Así pagaba ese sacerdote de alta jerarquía eclesiarca la paz y el respeto que el mandatario había le asegurado a la Iglesia durante su gobierno.

HUBIERA recordar que el sacerdote que vocaba, "movuelto en sedas episcopales", la "caída del tirano", no era otro que monseñor Horacio Campillo, administrador apostólico de Santiago. Monseñor, evidentemente, se había abanderado.

-Por la tarde, el Presidente se recogió a sus habitaciones y por primera vez se preocupó de su suerte. No contó su dinero ni buscó su seguridad personal. No pensó en el sueldo de una embajada ni en la protección de un pabellón extranjero. Tranquilamente quiso esperar en el Palacio, o en un cuartel, o en su casa, que el nuevo gobierno lo juzgara... Había un hecho cierto. Los últimos amigos se habían ido. Ellos sabían hasta dónde llegaba su amistad.

Testigo admirable, sin duda, el soldado y memorialista que acaba de partir.



Tobías Barros Ortiz: testigo admirable, soldado y memorialista que acaba de partir. Fue alumno distinguido de la Escuela Militar, de la que egresó con la primera antigüedad

Actor y testigo de su tiempo [artículo] Luis Sánchez Latorre.

Libros y documentos

AUTORÍA

Sánchez Latorre, Luis, 1925-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1995

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Actor y testigo de su tiempo [artículo] Luis Sánchez Latorre. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile